

«El sambenito», de Jiménez Lozano

Abulense de nacimiento y vallisoletano de adopción, licenciado en Derecho y Filosofía, periodista profesional, ciudadano tan zumbón como entrañable, cristiano desasosegado y, a veces, irritante, José Jiménez Lozano ha realizado hasta el momento dos incursiones públicas en el abrupto terreno de la novela. José Jiménez Lozano viene demostrando su condición de periodista congénito en «El Norte de Castilla», en «Informaciones» y en los artículos que bajo el membrete de «Cartas de un cristiano impaciente», publica en la revista catalana «Destino». Tal vez por eso, cuando José Jiménez Lozano se aproxima (con menos frecuencia que la deseable) al género narrativo, lo hace desde una perspectiva periodística. Pero existen, por así decirlo, un «periodismo del presente» y un «periodismo del pasado»; y este último, que podría ser incluido con todos los honores en esa ambigua rama del conocimiento denominada «Historia», resulta, en ocasiones, tan comprometido y desazonante que nos obliga a dudar sobre nuestra positiva ubicación en el mundo contemporáneo. Digo esto porque las dos novelas publicadas hasta hoy por José Jiménez Lozano constituyen otros tantos ejemplos de cómo se puede y debe hacer «periodismo del pasado» e inquietar, a la vez, al lector de nuestro tiempo. La primera de ellas, «Historia de un otoño», se refería al caso concreto de los jansenistas de Port-Royal. La segunda, «El sambenito» (1), nos atañe más de cerca, pues se trata de una reconstrucción crítica del proceso inquisitorial sufrido por don Pablo de Olavide.

Como es sabido, don Pablo de Olavide y Jáuregui, cristiano viejo, magistrado del Virreinato de Lima, amigo personal de Voltaire, promotor y superintendente de las nuevas poblaciones creadas en Andalucía durante el reinado de Carlos III, «hombre —según el excelente e imparcial historiador Juan Ortega y Rubio— de talento, enérgica voluntad y gran-

des iniciativas», padeció, desde el 14 de noviembre de 1776 hasta el 13 de octubre de 1778, un absurdo y cruel proceso inquisitorial, a consecuencias del cual fue condenado a la reclusión durante ocho años en un monasterio, la confiscación de sus bienes y el destierro perpetuo «en veinte leguas al contorno» de varias ciudades españolas. Aunque Olavide pertenecía al grupo de ilustrados hispánicos de la segunda mitad del siglo XVIII, ninguno de los que él consideraba sus amigos (Roda, Grimaldi, Muzquiz, Floridablanca e incluso el propio monarca) tuvo «una palabra de consuelo para un hombre que había

Evangelio en Triunfo», en la cual llegó a acusar a su antiguo amigo Voltaire —fallecido veinte años antes— de «vomitar las más absurdas y perniciosas blasfemias». Lo cierto es que, tras su desagradable visita al Tribunal del Santo Oficio, el pobre Olavide llevó hasta su muerte el miedo en las entrañas.

Y precisamente «contra» ese miedo —miedo al irracionalismo esgrimido como razón excluyente, miedo a las delaciones de tantos y tantos inquisidores de afición, miedo a ese infierno inventado por habilidosos hierofantes a sueldo de su propio miedo— escribe sus novelas el periodista cris-



hecho a España evidentes y señalados beneficios». El inquisidor general, don Felipe Beltrán, obispo de Salamanca —a quien José Jiménez Lozano trata en su libro con excesiva benevolencia, ya que, según Juan Antonio Llorente, el susodicho clérigo tuvo en su haber dos incineraciones en persona, dieciséis penitencias en público y «muchísimos en secreto sin infamia ni confiscación de bienes», firmó la injusta sentencia. Don Pablo de Olavide consiguió huir del monasterio de capuchinos de Murcia, tomó parte en la Revolución francesa, fue apresado en Orleans y, una vez vuelto definitivamente a su país, publicó en Valencia (sin que en la primera edición, de 1798, se hiciera constar el nombre del autor) una irrisoria palinodia titulada «El

tiano José Jiménez Lozano. Yo no comparto con él sus preocupaciones confesionales, pero comparto su «miedo al miedo». Y también, por supuesto, muchas otras cosas.

José Jiménez Lozano ejerce el muy difícil deporte de nadar entre dos aguas poco seguras. Los cristianos inquisitoriales —estirpe zoológica aún no extinguida en nuestra providencial Península— le colgarian gustosamente una docena de sambenitos; los no creyentes le acusarán quizá de ultramontanismo temático. La única verdad es que José Jiménez Lozano es, a fin de cuentas, un cristiano relapso de impaciencia. Y la impaciencia no es, que yo sepa, ninguna virtud teológica. Será, en todo caso, una singular y peliagrosa herejía. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

Teatro y sociedad en la España barroca

El libro de José Antonio Maravall, *Teatro y literatura en la sociedad barroca*, que acaba de publicar Seminarios y Ediciones, enlaza por una parte alguno de sus más brillantes ensayos sobre la España de los siglos XVI y XVII, como *El mundo social de la Celestina* y *Las comunidades de Castilla*, aparecidos ambos hará, aproximadamente, una década. Pero, en cuanto al tema, tiene como antecedente a sus primeros trabajos, especialmente su áspera tesis sobre la literatura política barroca, de 1944, sobre uno de cuyos problemas centrales —los emblemas en la literatura política del barroco español— vuelve precisamente en las páginas finales de este volumen.

Aunque sometido a una elaboración definitiva a fines de la década de 1960, el tema de la conexión entre la forma política de la España barroca y su expresión literaria dominante, el teatro, figuraba ya con anterioridad en el marco de posibles temas a desarrollar, apuntados por el autor en cursos y conferencias. Es muy posible que la aparición, en 1964 y 1965, de los dos trabajos fundamentales de Noël Salomon sobre la conexión entre modo de producción agrario y expresión teatral en Lope de Vega (*La campagne en Nouvelle Castille à la fin du XVI siècle* y *Recherches sur le thème paysan dans la comédie au temps de Lope de Vega*) y el estudio sobre la comedia barroca de Aubrun, activasen la formulación de las hipótesis que subyacen al libro que comentamos; en particular la idea de que tras la falsa apariencia igualitaria de muchas producciones teatrales barrocas se encuentra «un inmovilismo conservador respetuoso de las distinciones de clase». Tal vez la discusión en profundidad del análisis de Salomon —que aflora en ocasiones, como en la referencia a su uso del término «sociedad feudal» a las bases sociopolíticas del tema campesino— sea la ausen-

cia mayor observable en *Teatro y literatura en la sociedad barroca*.

El teatro barroco aparece, a la luz del estudio de Maravall, como instrumento de conservación de la rígida jerarquía estamental, cuya clave de bóveda está constituida por la figura del monarca absoluto. La diferencia respecto a la novela picaresca, elaborada sin embargo con la misma sociedad como referente, es clara. «El teatro es la respuesta de los que dicen sí a la restauración del orden social señorial monárquico, mientras que la novela picaresca guarda los tristes testimonios contra una sociedad cerrada, debidos a aquéllas conciencias que por lo menos fueron capaces de vivir el drama de tal hermetismo». El papel socializador del teatro barroco, al servicio de la sociedad estamental presidida por lo que Maravall denomina «monarquía señorial», culmina en el tratamiento del tema del honor, punto clave de la moral social postulada, al simbolizar el grado máximo de asunción por el individuo del sistema de valores adscritos al puesto del orden estamental en que el mismo se halla encuadrado. A la luz de este análisis, cabe reinterpretar fórmulas del teatro barroco como el «soy quien soy» o el tema calderoniano del sueño de la vida. «El sueño de la vida —juzga Maravall— es la fórmula más definitivamente conservadora que pudo inventar la mentalidad del barroco español, al servicio de sus pretensiones inmovilizadoras, como resorte propagandístico de defensa de los intereses de una sociedad estática...». La comedia barroca contribuyó así eficazmente a fijar como permanentes y naturales las diferencias sociales existentes en la sociedad española del XVII. Cabe, a continuación, preguntarse por el alcance de tal «propaganda ideológica» y su persistencia en periodos históricos más próximos. El espléndido ensayo de Maravall habrá contribuido eficazmente a revisar por entero uno de los temas tópicos de nuestra historia cultural. ■ ANTONIO ELORZA.

(1) José Jiménez Lozano, «El sambenito». Ed. Destino. Barcelona, 1972.